

# LA PRESIÓN DE LA ARMADA FRANCESA SOBRE LOS REINOS DE LA CORONA DE ARAGÓN DURANTE EL REINADO DE CARLOS II, 1665-1700

Antonio ESPINO LÓPEZ  
Doctor en Historia Moderna y Contemporánea

Una de las grandes constantes a las que hubieron de hacer frente los diversos virreyes de los reinos mediterráneos de la Corona de Aragón durante los años del reinado del último de los Austrias fue el peligro de la Armada francesa. De la misma forma que los mallorquines, o parecida que los catalanes, quienes tendrán la gran desgracia de ser atacados por tierra y mar a un mismo tiempo, los valencianos debieron estar alerta ante cualquier rumor de acercamiento de la Armada de Francia. Sumamente poderosa, sobre todo comparada con los efectivos de la hispana —demasiado escasos para arriesgarlos en un enfrentamiento directo—, la armada de Francia se pudo pasear con tranquilidad por las costas españolas prácticamente hasta 1694, cuando, como veremos, una armada anglo-holandesa comenzaría a patrullar las costas del Mediterráneo hispano, cometido en el que perseveraría hasta 1696. Pero, hasta su llegada, los mensajes desde el estrecho de Gibraltar, Málaga o Cartagena acerca de la presencia amenazadora de contingentes navales franceses se mezclaron con los procedentes de Cataluña o con los remitidos desde las Baleares. Una vez avistados, se trataba de averiguar hacia dónde podrían poner rumbo, para avisar oportunamente a aquellos que, por mala suerte, fuesen los destinatarios de su capacidad artillera. Tras los bombardeos de Barcelona y Alicante en 1691, el peligro de la armada gala, si bien neutralizado en parte, como decíamos, por la presencia de una armada aliada, fue una de las grandes novedades de la guerra en aquellos años, especialmente porque Luis XIV mantenía al mismo tiempo su ofensiva por tierra en el Pirineo. Pero, como veremos, desde mucho antes se percibe un constante control del Mediterráneo por parte de las flotas rivales de las francesas, sobre todo de la inglesa y la holandesa.

## **Los problemas de la defensa de la costa valenciana y de las Baleares, 1665-1689**

En febrero de 1666 llegaron noticias de que 30 fragatas inglesas de guerra habían pasado el Estrecho, avisándose inmediatamente a los reinos de la

Corona de Aragón de que estuviesen advertidos, pero señalando que debían tratarlas bien, dadas las paces que se habían ajustado con Gran Bretaña (1). Poco después, el gobernador de Alicante señaló el paso por aquel puerto de una armada francesa de 60 velas, la mayor parte de guerra, y preguntaba qué se debía hacer en caso de que el almirante foráneo pidiese permiso para entrar en puerto. La respuesta dada fue que, según los tratados de paz firmados —con Inglaterra y las Provincias Unidas—, sólo entre seis y ocho barcos de guerra podían entrar en un puerto hispano, y que se debía aplicar idéntica medida a los franceses. Pero, si el gobernador de una plaza intuía algún peligro, podría reducir dicho número (2). En el fondo, todo este vaivén burocrático delata un gran desconocimiento no sólo de la capacidad de la artillería embarcada en los buques de línea del momento, sino también del pésimo estado de las defensas de la costa valenciana.

Como mínimo puede decirse que los esfuerzos por estar bien informados acerca de la capacidad defensiva de las fortificaciones costeras valencianas fue incrementándose a lo largo del reinado de Carlos II. Valencia contaba con una multitud de puntos defensivos en la costa —castillos, torres, atalayas—. Concebidos ante todo para oponerse a un enemigo tradicional y permanente como el pirata berberisco, resultaban poco útiles para hacer frente a la moderna artillería embarcada. Apenas tres plazas tenían alguna forma defensiva a lo moderno: Denia, Peñíscola y Alicante, así que la situación, en líneas generales, era de una casi total indefensión. Ya en el verano de 1665, el virrey de Valencia insinuó que se le debería remitir algún dinero para prevenir las defensas costeras del reino. En concreto señalaba que las plazas de Altea y Peñíscola no podrían resistir un desembarco, de manera que el remedio a tal situación era urgentísimo. El Consejo de Aragón se hizo eco, además, de los informes que hablaban de una pequeña flota de 10 galeas y ocho navíos que había salido de Marsella con rumbo a la costa hispana, para pedir a la regente medios para el virrey de Valencia, toda vez que el reino, para mayor indefensión, había decidido prolongar por dos meses el servicio de su tercio para la guerra de Portugal (3). La regente dio su visto bueno para que se enviasen 120.000 reales a Valencia, pero dos años más tarde aún se trataba sobre los mismos. También hubo noticias de cómo algunos navíos franceses habían asomado por aguas de Ibiza, donde llegaron a efectuar algunos desembarcos, por lo que se intentó mejorar su guarnición desde Valencia (4).

En diversos informes de aquellos años se consignaron las necesidades de las plazas cuya conservación dependía de la Hacienda Real. Peñíscola precisaba 560 bocas de fuego, dos tercios de las mismas de arcabuces y el resto de mosquetes, si bien disponía de balas suficientes, unas 5.000 de todos los cali-

(1) Archivo de la Corona de Aragón (en adelante ACA), Consejo de Aragón (en adelante CA), leg. 557, orden real, 22-II-1666.

(2) ACA, CA, leg. 557, consulta del CA, 21-V-1666.

(3) ACA, CA, leg. 563, consultas del CA, 3, 10, 23-VII-1665.

(4) ACA, CA, leg. 563, reina regente al virrey de Valencia, X-1665; protonotario al secretario del CA, 25-X-1665.

bres; de artillería se preveía necesitar 44 piezas, cuando Peñíscola sólo contaba con 26 (5). En otro informe se decía que la artillería de la plaza necesitaba de forma urgente 58.900 reales para su puesta en servicio (6).

La ciudad de Alicante necesitaba 1.200 bocas de fuego, dos tercios de ellas de arcabuces; como en la casa de armas de la ciudad se hallaban hasta 900 arcabuces y mosquetes, había que enviar otros 300. Picas contaba con 393, número que se juzgaba suficiente; de pólvora eran necesarios unos 200 quintales y, poseyendo la ciudad 150, sólo había que remitir otros 50; balas para armas de fuego portátiles sólo había dos quintales, necesitándose 198. La artillería estaba formada por 31 piezas (19 de bronce y 12 de hierro), faltándole otras 24. Por último, harían falta 6.500 balas de artillería, y como se disponía de 3.500, había que remitir otras 3.000. Por su parte, el castillo de Alicante necesitaba 500 bocas de fuego, pues sólo contaba con 74 mosquetes y arcabuces, «todos mohosos y maltratados», por lo que había que remitir como mínimo 400 armas, dos tercios de las cuales debían ser arcabuces, y el resto, mosquetes. Picas precisaba 250. De pólvora había suficiente con el envío de 80 quintales, así como con otros tantos de balas de armas de fuego portátil. La artillería estaba formada por siete piezas, y faltaban otras dieciocho para artillar los tres baluartes del castillo. Por último, balas de artillería había 300, y se necesitaban otras 1.700 de todos los calibres. Las armas se podían remitir de Cádiz, Málaga o Cartagena.

En cuanto a Denia, la ciudad disponía de 100 mosquetes, necesitando otras 500 bocas de fuego, 140 quintales de pólvora, 96 de balas de armas de fuego portátil y 200 picas. La artillería estaba formada por 24 piezas de bronce y dos trabucos, faltándole otras 13 piezas, así como montar seis de sus cañones (7).

El Consejo de Guerra replicó, tras señalar que se remitirían para fortificar las plazas del reino los 120.000 reales pedidos por el virrey, que le parecía «que para la defensa propia, así en los puertos marítimos como en las fronteras, deben todos conforme a fuero asistir y estar prevenidos con armas y municiones, siendo cierto que en ambos reinos [Valencia y Aragón] hay más de estos géneros de las que los naturales recogieron en las ocasiones pasadas que en los ejércitos de V. Mag.», de ahí que sugiriese un mayor gasto en defensa de los naturales (8). Por su parte, el virrey recordaba que «la fuerza de mayor consideración que [h]ay en el Reino es la de Peñíscola, donde [h]oy se está trabajando con celeridad el montaje de su artillería (...) por ser llave de la custodia de todo el Reyno». Y acababa explicando que, en realidad, durante las pasadas guerras de Cataluña había sido el Reino el que había prestado armas al Rey, y no al revés, armas que «no sólo [no] se le han vuelto, ni pagado tampoco» (9). El Consejo de Guerra debería estar mejor informado. La regente contestó, no obstante, que era necesario que el Reino

---

(5) ACA, CA, leg. 561, informe del 18-IX-1667.

(6) ACA, CA, leg. 566, consulta del CA, 28-II-1667.

(7) ACA, CA, leg. 561, informes del 16-X-1667.

(8) ACA, CA, leg. 560, consulta del Consejo de Guerra, 6-VI-1667.

(9) ACA, CA, leg. 560, virrey de Valencia a la regente, 9-VIII-1667.

acudiese prontamente con lo que le pertocaba en su defensa, entre otras cosas prolongar por dos meses el servicio del tercio que estaba realizando en Cataluña (10).

Frente a estas penurias, poseemos un informe del gobernador de Menorca Juan Bayarte Calasanz y Ávalos, famoso artillero, a la regente Mariana de Austria de inicios de 1671, donde señalaba que un viajero de su posición que llegó a la isla —no dice quién— le había dado información veraz de la armada de Francia. Contaba ésta con 75 navíos de primera a quinta clase, y otros 22 de menor consideración, que en total portaban nada menos que 4.596 cañones, en aterrador contraste con las magras defensas de las costas hispanas (11).

Cara al siguiente conflicto, la guerra de Holanda (1673-1678), volvieron a arreciar las peticiones de ayuda para mejorar las defensas costeras. En marzo de 1672 comentaba el virrey al secretario del Consejo de Aragón la deplorable situación de la plaza de Peñíscola, a propósito de la orden recibida de enviar a aquel puesto un reformado que mandase la guarnición. El virrey se lamentaba de que no sabía a qué iba a mandar al reformado, dado que a los 10 hombres que componían la guarnición hacía más de cuarenta meses que no se les socorría (12), «siendo preciso busquen de comer fuera de la plaza; en ella no [h]ay un mosquete, arcabuz ni otro género de armas», incluida pólvora. Por ello volvió a solicitar 200 mosquetes, otros 200 arcabuces, 40 picas, 100 partesanas y 25 quintales de balas de mosquete y otras tantas de arcabuz. El virrey también se quejaba de que sólo le habían remitido 4.800 reales para reparaciones, cuando se necesitaba mucho más para guarnecer aquella fortificación. Situación por demás lamentable cuando por un informe de 1651 sabemos que la dotación de Peñíscola era de 13 oficiales, 70 soldados y 5 artilleros, es decir, 88 personas, con un coste mensual de 7.422 reales (13).

Pero ésas no eran las circunstancias en 1672. El nuevo castellano de Peñíscola, el sargento mayor Diego Santos, se había quedado asombrado de la mala disposición del enlace. Rápidamente escribió al virrey diciendo que «de ninguna manera [h]abía de correr por mi cuenta la plaza no entrando en ella la guarnición ordinaria por la puerta y sentinelas (*sic*) a la muralla, y que se proveyese de armas, porque no hay ni una». Por otro lado, la población que iba a pescar o a trabajar se alejaba extramuros hasta legua y media, por lo cual en caso de peligro no podría contar ni siquiera con ellos, extrañándose de cómo «puede tener afianzada una fortaleza de este género sujeta a que en mitad del día puedan señorearla no [h]abiendo gente de guardia ordinaria»; de hecho, en

---

(10) ACA, CA, leg. 557, orden real, 17-VII-1665; consulta del C.A., 28-VII-1665.

(11) ACA, CA, leg. 1.022, gobernador a la regente, 9-I- y 26-II-1671.

(12) Todo indica que la guarnición cobró, pero inmediatamente dejaron de percibir sus emolumentos, impago que se prolongó hasta 1675. Así se desprende de un memorial de nada menos que 1690, en el que alegaban una deuda de 26.370 reales por salarios impagados, precisamente, de 1672 a 1675. Véase, ACA, CA, leg. 559, memorial de la guarnición de Peñíscola, mayo de 1690.

(13) ACA, CA, leg. 560, virrey al secretario del CA, 22-III-1672.

Peñíscola tan sólo había nueve soldados de guarnición, y el castillo, aparte de que sólo era un sitio de retiro —«...más parece casa de muy pobre ganadero que castillo de Su Magt.»—, tenía tres soldados por toda dotación (14).

Otro punto clave, como ya hemos visto, era el puerto de Denia, que se tenía por lugar estratégico para que fondease la Armada hispana, por su posición cercana y equidistante entre las costas de las Baleares y las catalanas. Mientras las galeras de España o, por mejor decir, las galeras de Denia habían patrullado aquella zona, no sólo se había reducido la presencia de piratas berberiscos en aquellas aguas, sino que se había pasado a la ofensiva en las suyas, aparte de que los muchos embarcados en dichas galeras salían de las filas de los bandidos valencianos. La utilidad del puerto era manifiesta, y por ello la ciudad de Denia quería obtener permiso para poder limpiarlo, aplicando para ello el dinero de la Santa Cruzada, extremo que rápidamente negará el Rey por estar todo él ajustado para el mantenimiento de las galeras de España. La ciudad insistió en que se le otorgase, tanto para este trabajo como para pagar a sus acreedores, una sisa de 16 dineros por quintal de pasas embarcado en aquel puerto y procedente de un contorno de seis leguas. Finalmente, el Rey consintió, si bien señaló que la sisa se aplicaría sólo durante seis años, el primero de los cuales se cobrarían los 16 sueldos, pero los cinco siguientes sólo cinco dineros (15).

Los desvelos no acababan nunca. Y es que todas las prevenciones eran pocas. Por ejemplo, en junio de 1680 llegó un aviso del virrey de Mallorca de que 30 galeras francesas habían salido de Marsella para incorporarse a la armada de 15 bajeles fondeada en Tolón. El virrey de Mallorca pensaba que irían hacia las Baleares, pero de todos modos el de Valencia dio órdenes de aprestar la milicia y estar alerta en toda la costa, si bien era consciente de la mala disposición que tenían la mayor parte de las compañías (16). En otra ocasión, ante la noticia del avistamiento de 18 galeras francesas ante el puerto de Los Alfaques, el virrey de Valencia, conde de Aguilar y Frigiliana, puso en estado de alerta toda la costa valenciana, introduciendo 200 hombres en Peñíscola (cuando su dotación habitual era de 10 soldados y un artillero) y previniendo a las compañías de caballería de la costa y a las de las milicias del Reino, pero con disimulo, para no levantar sospechas entre los franceses residentes. Ante todo se trataba de estar en buenos términos con la Armada francesa y observar los capítulos de la paz.

---

(14) ACA, CA, leg. 561, gobernador de Peñíscola al vicescanciller de Aragón, 15-V-1672.

(15) ACA, CA, leg. 557, consulta del CA, 6-VII-1680; virrey de Valencia al rey, 18-II-1681; consulta del CA, 19-XII-1681; orden real, 26-XII-1681; orden real, 15-IX-1692; virrey al rey, 1-IX-1693; ACA, CA, leg. 555, virrey al presidente del CA, 22-V-1680; Junta Patrimonial al virrey, 8-VI-1680; virrey al rey, 11-VI-1680; jurados de Denia a Carlos II, 12-V-1680; Carlos II al virrey, 6-VII-1680; memorial impreso de Denia al rey, 23-VIII-1680; diputados de la Generalitat valenciana a Carlos II, 18-VI-1680.

(16) ACA, CA, leg. 558, virrey de Valencia al CA, 8-VI y 30-VII-1680, y consulta del CA, 9-VIII-1680.

Asimismo, en junio de 1683 se dio aviso de que la Armada francesa se había dejado ver por las costas del reino de Nápoles, por lo que se previno a los reinos hispanos del Mediterráneo para que estuviesen alerta; de hecho, el virrey de Valencia vio la necesidad de disponer de una falúa siempre a punto para poder dar aviso de cualquier contingencia al conde de Frigiliana, quien comandaba la armada hispana del Mediterráneo (17).

El inicio de cada conflicto significaba en la práctica el peligro de acciones más contundentes de la Armada francesa, siempre acechante. El Consejo de Aragón comentaba a comienzos de 1684 cómo la nave capitana de la Armada hispana había tenido que regresar al puerto de Alicante al sobrevenir un temporal y separarse del resto de los barcos; uno de ellos, el *Nuestra Señora de Atocha*, había ido hasta Ibiza a resguardarse y en el retorno fue perseguido por nueve bajeles franceses que solían presionar las Baleares, por lo que inmediatamente se dio aviso al virrey de Mallorca y gobernadores de Menorca e Ibiza para que estuviesen pendientes de la armada francesa, por si intentaba algo. Al mismo tiempo demandaban más medios de guerra para las Baleares. El Rey remitió 64.000 reales para arreglar los desperfectos del bajel y mantener a su tripulación mientras estuviese en Alicante (18). También se previnieron las plazas de la costa mediterránea cuando se supo en junio que la Armada francesa comenzaba a operar en el golfo de Rosas. El virrey dobló la guarnición de Peñíscola, donde faltaban armas de fuego, y repasó con el ingeniero, capitán don Felipe de Ayala, las defensas de Alicante, por si se daba el caso de un ataque (19). También se dieron órdenes para que las Galeras de España, que se hallaban en Cartagena, pasasen a Cataluña, pero esperando antes a las de Cerdeña, al tiempo que se reforzaban sus dotaciones de remeros. Asimismo, se previno a todas las ciudades portuarias de la Corona de Aragón para que pudiesen atajar los daños que podía infligir la flota francesa, poniendo como ejemplo el bombardeo de Génova (20).

Dos años más tarde, en 1686, las noticias de que la Armada enemiga proyectaba atacar las Baleares volvieron a encrespar los ánimos y pusieron en alerta todo el Mediterráneo. En 1687, cuando el duque de Monteleón hubo de pasar a Cerdeña, la presencia de algunos corsarios y, al mismo tiempo, la ausencia de las galeras hispanas le obligaron a demandar al Rey que le pagase el flete hasta su destino de su persona, familia y equipaje en tres navíos ingleses que había hallado en el puerto de Alicante (21). En el verano de 1688 se informó también de un encuentro de navíos franceses con la armada hispana del almirante Papachino, siendo la ciudad de Alicante la que se adelantó a cuidar de los heridos y conceder a dicha armada 50 quintales de pólvora y 500

---

(17) ACA, CA, leg. 606, virrey de Valencia a don Pedro A. de Aragón, 29-VI-1683; consulta del CA, 8-VII-1683.

(18) ACA, CA, leg. 559, consulta del CA, 19-I-1684.

(19) ACA, CA, leg. 569, consulta del CA, 22-VI-1684 y virrey al secretario del CA, 27-VI y 4-VII-1684.

(20) ACA, CA, leg. 570, Carlos II a Pedro A. de Aragón, 19-20-VI-1684; secretario el CA al virrey de Valencia, 26-VI-1684.

(21) ACA, CA, leg. 562, duque de Monteleón al rey, 7-IV-1687.

balas. Lo peor, con todo, es que cinco navíos franceses de guerra preguntaron a un barco inglés en Málaga si sabía algo de la armada de Papachino, por lo que se dieron órdenes a éste «de la navegación que había de hacer para no encontrarse con ellos» (22).

Otro asunto que daba que pensar, e incluso que recelar, era la numerosa colonia francesa de Alicante. Ante las órdenes reales de julio de 1684, que señalaban que todos los franceses no naturalizados por matrimonio y los que no ejercieran un trabajo servil debían abandonar los puertos del Reino y pasar a residir, si así lo deseaban, a no menos de 20 leguas de la costa, ya vimos cómo Valencia protestó, pues la medida podía significar una reducción de las contribuciones cobradas a los franceses residentes. Pero desde Alicante las cosas se veían de otro modo. Su gobernador expuso que estaban prevenidos ante cualquier acción de la Armada francesa, que se hallaba en Cataluña pero que, en dos días de buen tiempo, podía arribar a aquellas aguas:

«Los franceses solteros y casados que [h]ay en este lugar pasan de 225 y por medio de los amigos comunes que [h]oy son los ingleses negocian en Marsella y otras partes de Francia como antes, de que se sigue darán las noticias del estado de esta plaza y por adónde tiene su flaqueza y podrán ofrecerse a ocupar algún puerto dentro o fuera la circunvalación, y han de ser de gran embarazo estos enemigos domésticos si llegase armada francesa a dar fondo en esta bahía, lo que ha hecho en las guerras pasadas y que puede hacer siempre que quiera por ser tan abierta esta bahía y poder entrar con qualesquiere vientos en ella, a más se ofrece el evidente peligro suyo a la primera bomba o cañonazo en la alteración de este pueblo que no se podrá evitar su movimiento contra los franceses sus vecinos con algún gran estrago de aquella nación».

Una premonición terrible que, como sabemos, se cumpliría al pie de la letra. El gobernador, Francisco Guerau de Ciurana, reclamó su retirada a 10 leguas de la ciudad, como en 1656 se había hecho con los ingleses al conocerse la llegada al Estrecho de la Armada inglesa. El Rey volvió a ordenar a los franceses retirarse al interior (23).

### **La estrategia marítima en el frente catalán durante la guerra de los Nueve Años (1689-1697) y sus repercusiones en Valencia y Mallorca**

Desde 1690, tanto el virrey de Cataluña como el Consejo de Guerra comienzan a ser conscientes de la enorme dificultad que para ellos iba a significar enfrentarse a un enemigo capaz de actuar en tierra y en el mar al mismo tiempo. El condestable de Castilla achacará la culpa de la situación a la falta de medios del virrey Villahermosa, siendo el principal peligro para él, como

---

(22) ACA, CA, leg. 567, consulta del CA, 16-IX-1688.

(23) ACA, CA, leg. 606, consulta del CA, 28-VII-1684; gobernador de Alicante a don Pedro A. de Aragón, 16-VII-1684; Carlos II a don Pedro A. de Aragón, 22-VIII-1684.

decíamos, que la armada enemiga pudiese hacer alguna operación conjunta, sin la oposición de la hispana, con el ejército del duque de Noailles. Dicha situación obligaba a Villahermosa a enviar parte de sus escasas tropas a proteger las fortificaciones de la costa, Rosas y Palamós, quedando de este modo el ejército hispano muy mermado para las operaciones pirenaicas.

Un año más tarde, en 1691, volvió a hacerse realidad el peligro de la Armada gala. Para evitar males mayores, el virrey pidió formalmente que las galeras de España e Italia estuviesen estacionadas en Cataluña. El condestable estuvo de acuerdo en dividir las fuerzas, enviando a Cataluña 12 ó 13 galeras de Cerdeña, Génova y España. El resto quedarían en Italia. Para el almirante, todo dependía de la fuerza de la armada enemiga. Si ésta aparecía poderosa, habría que unir la hispana, sin batirse en Cataluña o Italia con fuerzas divididas. Se presumía que la campaña más dura sería por Italia, de modo que allí deberían ir la mayor parte de las galeras. Los demás miembros del Consejo de Estado consideraron que en Cataluña bastaba apostar cinco o seis galeras, para el transporte de artillería y víveres (24). En octubre, el Rey dio órdenes de compra de todos los esclavos musulmanes que se hallasen en los puertos hispanos y en Cerdeña, para que sirvieran de remeros en la Escuadra de Galeas del Mediterráneo, por la falta que hacían (25).

Al avanzar la campaña de 1691, la situación se fue haciendo insostenible. Mientras, el Consejo de Guerra había dispuesto, dada la inferioridad hispana, proteger Barcelona, Gerona y Rosas, por este orden, situando el ejército de campaña en un lugar apropiado, presto a acudir donde hiciese falta. Medina Sidonia envió 300 ó 400 hombres a Rosas y Cadaqués para prevenir un desembarco. Lo más triste fue el hecho de que algunos consejeros desaprobasen el envío de la Armada hispana a Cataluña, por el miedo a un enfrentamiento con la francesa, muy superior, y el consiguiente temor a que la Flota se perdiera. Así, por miedo a malograr lo poco que se tenía, la Armada terminó por no servir para nada (26). Con todo, Carlos II acabó atendiendo la petición de apoyo a los aliados prometiendo la remisión de ayuda marítima (27).

---

(24) A(rchivo) G(eneral) S(imancas), Estado, leg. 4.139, consulta del Consejo de Estado, 6-III-1691.

(25) ACA, CA, leg. 66, Real Orden, 29-X-1691. Ya en abril de 1691, Carlos II daba las gracias al virrey de Mallorca por su disposición a la remisión de esclavos musulmanes, bien a Cataluña, poniéndolos a las órdenes del virrey Medina Sidonia, bien a Denia o Alicante, pero lo que no admitía es que la ciudad de Palma pudiese emplear hasta 1.000 libras del dinero destinado a la fortificación de la isla para dicho menester, pues ello no era un servicio en sí mismo. Véase ACA, CA, registro n.º 290, Carlos II al virrey de Mallorca, 18-IV-1691.

(26) Véase STORROS, CH.: «La pervivencia de la monarquía española bajo el reinado de Carlos II (1665-1700)», en *Manuscrits*, núm. 21. Bellaterra, 2003, pp. 39-62.

(27) MILLOT, C.: *Nouvelle collection pour servir à l'histoire de France. Mémoires... duc de Noailles*, vol. X, 3.ª serie. Moutard, París, 1777, pp. 37-38. ACA, CA, leg. 462, Agulló al virrey, 2-3-V-1691. AGS, G(uerra) A(ntigua), leg. 2.857, consulta del Consejo de Guerra, 6-9-V-1691. ACA, CA, leg. 462, Medina Sidonia a los principales oficiales del ejército de Cataluña, 8-V-1691.



Esta última promesa adquirió mayor dramatismo cuando la Armada francesa llegó a las costas catalanas. En concreto, desde principios de julio se concentró en Rosas una armada gala que el día 10 comenzó el bombardeo de Barcelona. Dicha armada estaba compuesta, según el Consell de Cent, por 24 galeras, 12 navíos y 3 balandras —otras fuentes discrepan ligeramente de estas cifras—, que dispararon unas 800 bombas. Los proyectiles llegaron hasta el mismo centro de la ciudad, donde destruyeron 200 casas. También le acertaron a la aduana, quemando así la leña almacenada y, con ella, 5.000 cuarteras de trigo y harina. Tanto el Consell como la Generalitat gastaron dinero en apagar los incendios causados y en enviar algunas embarcaciones a defender dos galeras del Rey que se hallaban atracadas en el puerto, así como a proteger el baluarte de Levante. El virrey Medina Sidonia alabó la resolución de la ciudad en su defensa, señalando la pérdida de casi una docena de personas y la destrucción de 50 casas (28).

El duque de Noailles, que no disponía de un ejército capaz de aprovechar la distracción de un ataque marítimo, desaprobó ante Louvois dicho ataque, alegando que el bombardeo de Barcelona podía enajenarles el apoyo de muchos catalanes, posibles adeptos a la causa francesa (29). De hecho, y como veremos con más detalle, al posterior bombardeo de Alicante —la ciudad recibió el impacto de 4.500 bombas entre el 23 y el 28 de julio, quedando parcialmente derruida— siguió una reacción galófoba durísima (30). Aquella coyuntura fue aprovechada por los diputados de Aragón, quienes explicaban que en los dos últimos años los diputados de la Generalitat de Cataluña habían señalado cómo los escasos medios de guerra opuestos a las tropas galas habían permitido el avance de éstas por mar y tierra, «y como ya estos daños están trascendiendo a este reino y reconocemos dentro de él la guerra», pensaban que debían unir sus súplicas a las de catalanes y valencianos (31).

Al mismo tiempo, Carlos II había ordenado el envío de la Armada a las costas catalanas; ésta llegó efectivamente el día 10 de agosto a Barcelona con 23 barcos y cinco galeras, pero era sumamente tarde para oponerse a la del

---

(28) B(iblioteca) C(ataluña), ms. 504, *Narración de lo cierto y verdadero sucedido en Cataluña*, 1640-1693, Fols. 100v<sup>o</sup>-103. Biblioteca de Cataluña, Ms. 173/II, *Analys Consulars de la ciutat de Barcelona*, tomo II, 1567-1700, Fols. 201-203v<sup>o</sup>. ACA, *Generalitat, Lletres trameses*, Vol. 885, cartas de la *Generalitat* a diversos interlocutores, 2-4-7-10-14-21-VII-1691. A(rchivo) H(istórico) M(unicipal) B(arcelona), *Consell, Lletres closes*, Vol. 107, consellers a Carlos II, 10-VII-1691. *Ibidem*, consellers a otras personalidades de la Corte, 12-14-16-VII-1691. ACA, *Generalitat*, Cartas a Papas y Reyes, Vol. 923, *diputats* a Carlos II, 16-VII-1691. ACA, CA, Leg. 339, virrey al CA, 12-VII-1691.

(29) MILLOT, C.: *Mémoires... duc de Noailles*, p. 38.

(30) Sobre los bombardeos de aquel año, Vid. B(iblioteca) C(ataluña), Follets Bonsoms n<sup>o</sup> 8.340 bis, R. Costa, *El príncipe verdadero en su propio principado exaltada la cruz en el bombardeo de Barcelona*, Barcelona, 1691. Para Alicante, BC, Follets Bonsoms n<sup>o</sup> 2.500, *Relación verdadera del horroroso bombardeo que ha hecho la armada marítima francesa en la ciudad de Alicante*, 1691.

(31) ACA, CA, leg. 66, diputados de Aragón a Carlos II, 31-VII-1691.

enemigo (32). La mala defensa marítima de Barcelona obligó a los *consellers* a fabricar a su costa —como servicio— ocho cañones, seis medios cañones y dos tercios de cañón de hierro, con objeto de proteger mejor los baluartes que defendían la ciudad de un ataque marítimo (33). Con todo, la armada hispana siguió la estela de la francesa y, según los *jurats* de Valencia, la hizo huir de la costa levantina tras lanzarle algunos cañonazos (34).

Cuando la armada francesa, tras bombardear Alicante a fines de julio de 1691, puso rumbo hacia las Baleares, el virrey de Mallorca aseguró que estaba compuesta por 54 velas. Tras permanecer tres días en el sur de la isla, al cuarto puso rumbo al Levante. A poco llegó la armada hispana e hizo huir a la de Francia, «la [armada hispana] que ha librado a esta ciudad de los trabajos y aflicciones que le podían causar las bombas». El virrey aseguraba haber tenido gente dispuesta en la costa para evitar un desembarco (35). Con estas cartas se envió un plano, preparado por el ingeniero M. Martín de Gaínza, donde se demostraba que, desde la posición que habían tenido los navíos franceses, su artillería podía haber alcanzado el mismo centro de Palma, mientras que la de la ciudad no podía hacer lo mismo con la flota enemiga. El conde de Formiguera, virrey interino, quería resaltar con ello la necesidad de edificar nuevas fortificaciones defensivas y reclamaba la presencia de un ingeniero que no sólo fuese ducho en fortificaciones, sino también experto en la «nueva hostilidad del bombardeo marítimo» (36). Además de la propia Palma, la gran desprevisión en la que se hallaban las defensas de Alcudia, con dos bahías con capacidad para varias armadas y donde podría desembarcar el enemigo con facilidad, preocupó sobremanera al virrey de Mallorca, marqués de Sentmenat, ya en la década de 1680 (37).

### *El bombardeo de Alicante*

Durante el verano de 1691 fueron muy numerosos los avisos de la presencia de la Armada francesa en las costas hispanas. En mayo había llegado de la parte

---

(32) AGS, GA, leg. 2.857, consulta del JdC, 7-VIII-1691. ACA, CA, leg. 461, consulta del CA, 20-VIII-1691. La ciudad de Barcelona pidió que los hijos de los franceses fuesen desinsaculados de las bolsas para la elección de los cargos públicos de la misma.

(33) AHMB, *Consell, Lletres closes*, Vol. 108, *Consell* al rey, 12-I-1692.

(34) Jurados de Valencia a los diputados de Cataluña, 1-VIII-1691, citado en GARCÍA MARTÍNEZ, S.: *Valencia bajo Carlos II*. Ayuntamiento de Villena, Villena, 1991, apéndice, pp. 481-482.

(35) ACA, CA, leg. 66, virrey de Mallorca al rey, 14-VIII-1691.

(36) ACA, CA, leg. 66, consulta del CA, 22-IX-1691, y virrey interino de Mallorca al rey, 19-VIII-1691.

(37) ACA, CA, leg. 986, virrey al rey, 9-IX-1682. Dos años más tarde, en 1684, los jurados de Alcudia clamaban por su defensa, al encontrarse con dos puertos cercanos a la villa y la armada de Francia operando impunemente en la zona. El virrey Sentmenat les dará la razón comentando que la plaza necesitaría de unos 2.000 soldados, cuando habitantes en la ciudad aptos para la defensa apenas llegaban a 300. Por ello, los jurados de Alcudia también demandaron una serie de ventajas fiscales para atraer población a su zona y mejorar, así, la defensa. ACA, CA, leg. 964, informe del virrey a Carlos II, 19-X-1684.

de Calpe y Denia noticia sobre el avistamiento de 44 navíos y cuatro galeras, por lo que el virrey dio la alarma a todos los lugares de la Marina. La noticia resultó ser infundada, pues un navío inglés llegó a Alicante para informar a los suyos de que se sumasen al convoy de 70 mercantes defendido por 15 bajeles de guerra que se proponía pasar el Estrecho junto con los barcos avistados, que resultaron pertenecer a un convoy holandés. El hecho de llevar galeras les había despistado, pues la Armada francesa las utilizaba. Los ánimos estaban tensos (38).

Así, el 22 de julio escribía el gobernador de dicha plaza, don Jaime Borrás, señalando que el día anterior había sido avistada la armada enemiga ante Calpe. Dispuestas inmediatamente las milicias de la ciudad y de los lugares circunvecinos para la defensa, a las tres de la tarde ya estaba la armada de Francia haciendo un cordón ante aquel puerto, retirada del alcance de la artillería, con 14 navíos, 21 galeras, 2 carcasas, 5 saetías y 2 ganguiles, «y en la misma disposición se van acercando y estamos esperando el suceso muy animoso todo este público (...) sin ninguna forma de impedir la operación de las bombas» (39). Al día siguiente, la armada francesa había perfeccionado con tres pontones el acordonamiento de la plaza, y el almirante D'Estrées envió un emisario por el que instaba al gobernador a que pagase una contribución si no quería ver su plaza bombardeada. Ante la negativa del gobernador, quien consultó la decisión con los notables de Calpe, sobre la ciudad comenzó a abatirse un bombardeo incesante. El gobernador calpeño se quejaba de que «la gente de los socorros lo hace tan ruinmente que todos nos dejan y me hallo con sólo la gente del lugar, que habiendo dado [h]oy un choque las muchas lanchas queriendo asaltarnos, se les impidió con gran valor en dos choques». Días más tarde pudo explicar más extensamente la acción del enemigo: éste se acercó a la plaza arrastrando sus galeras los tres pontones, lográndose desde la plaza algunos aciertos en ellas con su artillería; pero a media tarde una lluvia de bombas comenzó a caer sobre la ciudad —el enemigo comenzó a disparar hasta tres bombas a la vez—, «y como las milicias del país no tenían experimentado el efecto de las bombas, les puso en tan grande horror que desordenados sólo cuidaban de procurar los medios que más les podía[n] facilitar en salir al campo para librarse de la muerte...». Aunque intentó por todos los medios calmarlas, fue muy difícil, y llegó a creer que por la noche cundiría un pánico aún mayor, equivocándose, pues al ver venir las bombas, las podían esquivar. El bombardeo, que comenzó a las cuatro de la tarde, continuó hasta las cinco de la mañana, cuando el almirante D'Estrées echó 48 lanchas al agua para intentar un desembarco, defendiéndose la plaza con arcabucería desde la trinchera excavada extramuros con la idea, precisamente, de impedir el desembarco. Ante su primer fracaso, poco después D'Estrées intentó un nuevo asalto al abrigo de dos galeras, siendo los franceses rechazados de nuevo. Se tuvo noticias por un forzado, que luego recuperó su libertad, de que en estos dos encuentros los franceses tuvieron 80 bajas. Poco después, el almirante D'Estrées intentó la rendición de la plaza amenazando con mantener el bombardeo. Ante

---

(38) ACA, CA, leg. 556, consulta del CA, 14-V-1691.

(39) ACA, CA, leg. 674, Jaime Borrás, gobernador de Alicante, al rey, 22-VII-1691.

la nueva negativa mantuvo el castigo con bombas y carcasas día y noche durante dos jornadas más, «con tanto fuego que puso en llano todo el lugar, haviéndole dejado seniça pues no [h]ay edificio que [h]aya quedado inmune de sus rigores...». Poco después se levantó viento de levante, lo que obligó al enemigo a cesar en el bombardeo, si bien no se retiró de la vista de la plaza. Un forzado de sus galeras que escapó dijo a los sitiados que a los franceses les faltaban agua y bastimentos, así como que había enfermedades entre los remeros, pero que D'Estrées seguiría intentando un desembarco, por lo que Borrás mantuvo la alarma entre la guarnición de las murallas y entre la gente que defendía la trinchera. El gobernador temía la falta de pericia militar de su gente como el principal *handicap* a la hora de mantener una defensa oportuna de Alicante, si bien el virrey tuvo el acierto de enviarle al marqués de la Casta como gobernador de la caballería auxiliar de las milicias (40). Ese mismo día, 27 de julio, Carlos II aprobó todo lo realizado tanto por el gobernador como por el virrey de Valencia, alentándoles en su determinación y asegurando que la armada hispana estaba de camino para buscar a la del enemigo. Insistía el monarca en guardar el sigilo necesario para impedir el conocimiento de tales medidas por parte del enemigo (41).

La armada francesa estuvo frente a Alicante durante una semana, hasta el día 29, partiendo poco después, siendo perseguida por la hispana —que contaba con 50 ó 60 velas—. Un viento fuerte hizo que ésta se hubiera de dividir en dos partes; pero poco después llegaron noticias de que se habían oído cañonazos, lo que parecía señalar que se había entablado batalla. El gobernador estaba ilusionado, pues decía que, de los 14 navíos de guerra de Francia, «uatro hay de fuerza y los demás de treinta a cuarenta cañones» (42). Aquellos días se aseguró que los franceses habían tenido unos 250 muertos entre los soldados, más dos oficiales y un capitán, y que una galera había quedado bastante tocada, mientras que del lado de la ciudad había que lamentar apenas una decena de muertos y heridos graves. Las bombas caídas sobre la plaza fueron 3.500.

Tras los acontecimientos del año precedente, se entiende que en 1692 todo el Mediterráneo hispano estuviese especialmente alerta ante las evoluciones de la Armada francesa. Decía el virrey de Valencia que «cualquier recuerdo que esse supremo Consejo haga a S.M. para el apresto y salida de la armada y escuadras de galeras será oportunísimo, porque sin la unión y manejo de ambas fuerzas marítimas quedan arriesgados casi todos los dominios de la monarquía, o, por lo menos, inquietos, como se ve en el Final, en Nápoles, y todas las islas donde escriben con suficiente aprehensión y con mayor de Mallorca...», informando de que la escuadra francesa de bajeles del Mediterráneo iba hacia el Estrecho a unirse con la de Brest, de modo que había dado la alarma en toda la

(40) ACA, CA, leg. 674, gobernador de Alicante al virrey de Valencia y éste a Carlos II, 23-VII-1691; gobernador de Alicante a Carlos II, 27-VII-1691.

(41) ACA, CA, leg. 674, Carlos II al virrey de Valencia y al gobernador de Alicante, 23-VII-1691 (borrador); Carlos II al tesorero general de la Corona de Aragón, 27-VII-1691.

(42) ACA, CA, leg. 674, gobernador de Alicante a Carlos II, 30-VII-1691; ACA, CA, leg. 590, virrey al rey, 30-VII-1691; consulta del CA, 2-VIII-1691.

costa valenciana (43). Mientras, en Mallorca el virrey daba noticias ciertas de que en Tolón y Marsella aprestaban los franceses para arruinarles con su armada. Hecho inventario de los pertrechos de guerra con los que podían contar, encontraron la pólvora muy gastada, por lo que pedían 200 quintales de balas de mosquete y arcabuz, así como otros tantos de pólvora. Por otro lado, a fin de evitar un posible desembarco, también se le pidió al Rey permiso para extraer mediante un censo hasta 20.000 libras del fondo de las fortificaciones, crédito que se devolvería cargado con un 5 por 100 de interés (44).

La estrategia francesa, que como se ha dicho combinaba el ataque terrestre con la presencia inquietante de su fuerza naval, se dejó sentir especialmente en 1693. Para la campaña de dicho año, Luis XIV ordenó incrementar su ejército en Cataluña y espoleó el orgullo del duque de Noailles nombrándole mariscal de Francia. Su designio principal era conquistar la plaza de Rosas. Hasta que su armada no se presentó en la bahía el día 27 de mayo con 22 navíos y dos balandras, no se supo que la atacarían. El día 29 llegó el ejército de tierra (entre 19.000 y 25.000 hombres según los testimonios). El virrey Medina Sidonia intentó socorrer la fortificación enviando en lanchas tropas desde Palamós, pero la llegada a la bahía del resto de la armada francesa —35 galeras—, al bloquear perfectamente la fortaleza, hizo estéril tal medida. Al poco tiempo Rosas se rendía y Francia tomaba una plaza fundamental, junto con Palamós, para abastecer su ejército en el norte del Principado.

Conocedor de la cercana presencia de la potente armada de Tourville —93 navíos y tres balandras—, el mariscal Noailles esperaba poder participar algo más aquella campaña, pero lo menguado de sus tropas —menos de 20.000 hombres— le impedía intentar algo serio contra Barcelona. Así que Noailles optó por tomar Palamós, si bien el almirante Tourville no dejó por ello de presionar la Ciudad Condal (45).

Tourville, una vez llegado frente a Barcelona, se contentó con pedir al virrey o al gobernador un regalo para su oficialidad; el gobernador de las armas y la virreina, dado que el duque de Medina Sidonia se hallaba en campaña, no tuvieron más remedio que acceder, vista la fuerza del enemigo. Que la visita de la armada gala no fue un asunto baladí lo demuestran las reacciones de los implicados. Ante el sometimiento, los *consellers* alegaron que ellos habían hecho lo que el gobernador de las armas les pidió; mientras, los *diputats* de Cataluña se alegraban de no ser ellos quienes cargasen con la vergüenza, y la oficialidad que tomó la resolución se defendió ante la Corte diciendo que las instituciones catalanas y el pueblo les habían pedido claudicar por miedo a las bombas (46). Miedo que, desde luego, acarreó un aumento del odio hacia aquellos que estaban dispuestos a lanzarlas contra los barceloneses.

---

(43) ACA, CA, leg. 844, virrey al secretario el CA, 15-IV-1692.

(44) ACA, CA, registro nº 290, Carlos II al virrey de Mallorca, 12-IV-1692.

(45) ALBAREDA, J.: *Els inicis de la Guerra de Successió a Catalunya*, tesis doctoral, vol. I. UAB, 1990, pp. 181-183.

(46) ACA, *Generalitat, Lletres trameses*, vol. 888, *diputats a jurats* de Gerona, 12-VIII-1693. AHMB, *Consell, Lletres closes*, vol. 108, Consell al embajador, 13-VIII-1693.

En junio de 1693, ante las noticias de que la Armada francesa se hallaba en Lagos, con 114 velas, sin conocerse sus designios, Carlos II pidió al Consejo de Aragón que informase a las Baleares, en especial a los puertos de Mahón y Alcudia, para que estuvieran prevenidos y con sus milicias a punto. El gobernador de Menorca se trasladó a Mahón, donde asistió a la armada hispana, compuesta por 19 galeras y 20 bajeles. Los generales de la armada, con la diligente ayuda de los naturales, construyeron unas baterías en la boca del puerto de Mahón, teniendo el gobernador prevenida la milicia de la isla (47). Una fuerte tempestad desatada sobre la isla el 11 de agosto hundió a la fragata *San Francisco*, de 50 cañones, ahogándose hasta 200 hombres entre marineros y soldados, incluido el almirante don Juan Andrés Néstares. Se salvaron a nado otros 157. La fragata, que se hallaba de guardia a la entrada del puerto de Mahón, fue cogida por la tempestad con las portas de las baterías inferiores abiertas «y ídose por ellas a pique». Una muy mala noticia que, según don Pedro Corbete, desde la nave capitana, se sumaba al hecho de «hallarnos aquí arrinconados sin poder ser de provecho para nada, ni aún para una precisa y moderada defensa a vista de las formidables fuerzas con que el enemigo logra en nuestras propias costas quanto intenta sin la menor oposición» (48).

Asimismo, en agosto de aquel año la flota francesa, en número de más de 150 velas, ancoró frente al puerto de Alicante y reclamó suministros para su gente, pues tenía muchos enfermos, de la misma forma que se le habían concedido en Cádiz y Málaga. El gobernador no quiso aceptar que los franceses pagasen aquel refresco, como estaban dispuestos a hacer, sino que se les entregaba «en los solos términos de cortesanía permitida entre enemigos». El refresco consistió en 50 vacas, 500 carneros, 2.000 cántaros de vino, 500 aves, así como sal, fruta, verdura y nieve; y si bien las cantidades efectivamente entregadas fueron algo menores, la ciudad gastó en ellas 20.563 reales, mientras que los meses precedentes a tan indeseada visita sólo se habían gastado en la mejora de las defensas de la ciudad 21.068 reales, lo que nos da una idea de la frustración que debían de sentir los alicantinos. «La consternación y susto que ocasionó la armada con el horroroso escarmiento del bombardeo pasado...» fue el justificante de toda la actuación. De hecho, los jurados de Alicante defendieron su decisión alegando que los movimientos de la Marina (la segunda germanía, de 1693) ya se estaban produciendo y un ataque contra Alicante los agravaría, mien-

---

(47) ACA, CA, leg. 70, consulta del CA, 29-VII-1693. Trataba el Consejo las ventajas defensivas de Menorca por encima, por ejemplo, de Ibiza, alegando que la primera era más poblada, de modo que podrán acudir a ayudar al gobernador en caso de desembarco, y contaba con el castillo de San Felipe, que es «de lo bueno que hay en el Mediterráneo y que con la artillería que hay en él se puede defender la entrada por ser tan estrecha la boca que no cabe sino un navío, pero no deja de tener algunos padrastrós y en frente dél azia levante hay dos puntas que no están fortificadas, y habiéndose discurrido por algunos prácticos que han visto en varias ocasiones este puerto, se consideraba necesario que en caso de ser invadido se hiciesse en él alguna fortificación». Se recordaba, una vez más, al virrey de Mallorca que en caso de invasión de Menorca debía remitir los 300 hombres de ayuda.

(48) ACA, CA, leg. 843, don Pedro Corbete al virrey de Valencia, 19-VIII-1693.

tras que si se la Armada francesa se despedía de la costa valenciana con sensación de hostilidad podía cebarse con Cataluña, ayudando al avance de su ejército de tierra, explicación risible si no fuera por las circunstancias en que se hizo, pues justo aquello que decían que podría acontecer ya había ocurrido (49). Posteriormente, la armada gala puso rumbo a las Baleares y, al cabo de poco tiempo, regresó hacia la costa peninsular siendo avistada frente a Tortosa, pero no realizó ningún ataque (50). El Consejo de Aragón no pudo dejar de comentar «quán dignos son de cuidado estos andamientos de la Armada de Francia en el Mediterráneo y la blandura que afecta en los puertos donde llega» (51).

Una acometida del duque de Saboya contra la fortaleza de Pinerolo, plaza clave en la estrategia gala en el frente saboyano-piamontés, hizo que Luis XIV reclamase a Noailles 12 escuadrones. Debilitado por esta pérdida de tropas, el mariscal partió el 10 de agosto de 1693 hacia la frontera dejando una fuerte guarnición en Rosas. De esta forma pasó el peligro para Palamós, Gerona y Barcelona durante aquella campaña (52). Pero sólo fue un respiro pasajero. De hecho, aquel invierno, mientras las galeras de España debían devolver a sus hogares las tropas de los tercios del casco y de la costa de Granada, las de Italia debían embarcar hasta 1.000 hombres del ejército de Cataluña para reforzar el derrotado ejército de Milán. No todos los consejeros de Estado estuvieron de acuerdo, pues el conde de Montijo señaló que 1.000 hombres en Milán no eran nada, pero suponían mucho en Cataluña, máxime cuando se trataba de la única gente veterana que quedaba en España, algo crucial «quando se está viendo con evidencias repetidas que en España no se levanta un hombre voluntario, ¿qué esperanzas deja esta experiencia para que se reemplaze el ejército de Cataluña de la gente que se sacare de él?». La verdad es que ninguna, o muy pocas, cuando además habían llegado noticias de que los franceses aprestaban en Colliure entre 24 y 43 piezas artilleras, con gran cantidad de balas y pólvora, que se decía eran para lo sitios de Palamós y Barcelona del año siguiente. El duque de Osuna señaló en voto particular que de Cataluña no podía salir tropa alguna, pues había que recelar de un enemigo que aquel invierno no podía esperar ninguna acción ni por Flandes, ni por Milán, cuando del Principado había que sacar para que descansaran los tercios de Granada, y los valencianos y aragoneses siempre marchaban a sus casas, asimismo. Al final, el Rey se conformó con que se enviaran los

---

(49) ACA, CA, leg. 845, jurados de Alicante al Rey y al presidente del CA, 16-III-1694. Desconocemos por qué tardaron tanto en explicarle al Rey aquellos hechos; quizá por un desajuste en el auténtico coste del refresco, pues el virrey aseguraba que aún faltaban por pagar otros 16.860 reales, siendo el monto del asunto unos 40.000 reales. *Ibid.*, gobernador de Alicante al presidente del CA, 16-III-1694.

(50) ACA, CA, leg. 580, virrey de Valencia al secretario del CA, 11-VIII-1693.

(51) ACA, CA, leg. 560, Carlos II al duque de Osuna, presidente del C.A., 15-VII-1693. ACA, CA, leg. 70, consulta del C.A., 29-VII-1693. ACA, CA, leg. 559, consulta del CA, 12-VIII-1693.

(52) AHMB, *Consell, Lletres closes*, Vol. 108, *Consell* al embajador, 14 y 18-VIII-1693.

hombres que estaban designados para Milán desde el Principado, así como un refuerzo de 600 ó 700 españoles desde Nápoles, debiendo estar prevenidas las galeras de España para la primavera siguiente (53).

En 1694, el almirante Tourville dominaba la costa con una armada de 45 navíos, mientras que en el estrecho de Gibraltar tenían los franceses otra de 60. El Consejo de Estado había pedido al marqués de Canales, embajador en La Haya, el envío de una armada aliada más poderosa. La armada hispano-aliada del Mediterráneo disponía de momento de 36 navíos —14 de España, 14 ingleses y 8 holandeses—, así como de 13 auxiliares, con un total de 1.440 piezas artilleras y 7.781 hombres de tripulación (54). La inferioridad numérica de esta última flota habría impedido, de todas formas, el socorro de Palamós, que cayó el 10 de junio. Poco después se dieron órdenes para que las galeras de España llevasen desde Cádiz, vía Cartagena, Alicante y Tortosa, los tercios de la Armada a Cataluña. Incluso en el caso de sitio de Barcelona se pensó en que se debían prevenir en Cádiz 12 «barcos largos» y ocho o diez bergantines en Mallorca, para que el virrey de Cataluña se valiese de ellos y pudiera recibir refuerzos, «lo qual se podrá lograr aunque franceses tengan allí su armada y galeras como se ha visto en otras ocasiones del género» (55). Pero se sabía que de la Armada sólo se podrían sacar 2.000 hombres que con dificultad podrían pasar de Cartagena, cuando habían llegado noticias de que una docena de bajeles franceses que se habían avistado frente a La Coruña se decía que iban al Mediterráneo, además de que «también, como se guarda tan poco secreto, puede el francés (sabida esta disposición) con seis baxeles que envíe derrotar esta gente, conque no se puede pensar en cosa que no esté expuesta a mayores inconvenientes». Eran éstas palabras del condestable de Castilla, por entonces título sólo honorífico, no como en la Edad Media, pues no tuvo empacho en señalar a continuación, en su prolijo voto en la sesión del Consejo de Estado, «que los que ignoramos las materias militares, ni hemos visto batallas, queda sujeto lo que se propone, según el entender de cada uno y sus obligaciones, a las interpretaciones de quien no lo entiende, ni lo ha visto, ni tiene tiempo para verlo» (56).

Conocedores de las limitaciones del poder marítimo hispano, los consejeros habían demandado la presencia de una flota aliada capaz de enfrentarse a la francesa del Mediterráneo. Ya a fines de enero de 1694 Carlos II dio órdenes a los gobernadores de los puertos de Andalucía y de la Corona de Aragón de que hiciesen buena acogida a la escuadra aliada cuando llegara, proveyéndola de los bastimentos necesarios a precios razonables y sin cobrarle los usuales derechos de saca, y en abril la medida se extendió a los pertrechos de guerra que necesitase (57). Pero había mucho que recelar, porque por entonces

(53) AGS, Estado, leg. 3.418, consulta del Consejo de Estado, 1-XI-1693.

(54) AGS, Estado, leg. 4.174, Consejo de Estado al marqués de Canales, embajador en La Haya, 26-V-1694. *Ibidem*, consulta del CE, 23-V-1694. ACA, *Generalitat, Lletres trameses*, Vol. 888, *diputats* al virrey, 25-V-1694.

(55) AGS, Estado, leg. 4.174, consulta del Consejo, 21-VI-1694.

(56) AGS, Estado, leg. 4.176, consulta del Consejo, 30-VI-1694.

(57) ACA, CA, leg. 559, órdenes reales, 30-I y 25-IV-1694.



se sabía de los intentos de mediación de Suecia en la guerra, de manera que los anglo-holandeses, que tenían menos que ganar en el conflicto y mucho que perder si se eternizaba la guerra, se estaban mostrando más permisivos en su bloqueo de los puertos franceses, en un intento de acercamiento a Francia. Y así, unos navíos de guerra ingleses habían permitido que otros mercantes galos cargados de trigo entraran en el puerto de Dunkerque sin impedirselo (58).

Por otro lado, en mayo de aquel año, cuatro bajeles de la Armada hispana y cinco galeras de la Escuadra de España transportaban a Barcelona, como cada año, las tropas que desde Andalucía se enviaban al frente del Principado. Pero, al volver, la armada francesa operaba a la vista de la costa valenciana con 40 barcos, y si bien se avisó a los hispanos, dado que las galeras pudieron retirarse hacia el puerto de Los Alfaques, los cuatro navíos decidieron pelear ante el acoso de once de Francia. Dos de ellos se retiraron también a Los Alfaques, mientras que a los otros dos se les pegaba fuego para que no cayesen en manos del enemigo delante de Peñíscola, salvando toda la gente y la artillería de uno de ellos. Posteriormente, a los dos que se refugiaron en Los Alfaques también se les pegó fuego. Los marineros se concentraron en Peñíscola, no deseando el virrey alojarlos en el reino por no encrespar los ánimos de los pueblos de la zona. Con previsión, para evitar huidas, le envió una compañía de caballería de la Defensa de la Costa al gobernador de la plaza. En total, las dotaciones de los cuatro barcos sumaban 1.158 hombres; 694 fueron enviados a Cataluña en poco tiempo. El rey remitió cartas de gracias al obispo de Tortosa, entre otros, por su ayuda a la hora de acudir al socorro de los marineros. Al virrey de Valencia se le enviaron 20.000 reales para ayuda de costa, despachándose los cañones y pertrechos de los navíos incendiados a Cataluña, y el resto de los marineros y soldados, a Cartagena. Por cierto, que algunos de ellos, en número de cincuenta, aprovecharon el naufragio para fugarse, desconsolándose el virrey, que pensaba que «con arcabucear un par de ellos se contuvieran los demás», pero que tenía que plegarse a los fueros. Tanto el Consejo de Aragón como la propia junta de ministros escogidos que asesoraba al virrey le señalaron que debía proceder mediante un proceso formal y sin saltarse las disposiciones forales. Lo que hacía exclamar al virrey: «No pudiéndolos reprimir tampoco los podré conservar [los marineros]» (59). En junio clamaba el virrey por el enorme gasto que hacían aquellos hombres en la zona de Vinaroz, sin que se le enviara más dinero para mantenerlos (60). Hasta agosto no se pudieron embarcar 500 marineros en las galeras de Génova rumbo a Cartagena.

Entretanto, el Consejo de Guerra, hasta hacía poco favorable a la guarnición de las plazas catalanas y a dejar libre el campo al contrario, cambió de parecer votando a favor de disputarle al enemigo los pasos más difíciles en

---

(58) AGS, Estado, leg. 3.993, consulta del Consejo, 13-IV-1694.

(59) ACA, CA, leg. 566, virrey al rey, 25-V-1694; virrey al secretario del CA, 8-VI-1694; consulta del CA, 16-VI-1694. ACA, CA, leg. 562, consulta del CA, 14-VI-1694. ACA, CA, Leg. 565, consulta del CA, 28-VI-1694; virrey al secretario del CA, 6-VII-1694 y consulta del CA, 13-VII-1694; virrey al secretario del C., 24-VIII-1694.

(60) ACA, CA, leg. 566, virrey al secretario del CA, 22-VI-1694.

sus movimientos por Cataluña. En relación con la armada aliada, el Consejo de Estado sopesó si no era más conveniente esperar a ver si los aliados desembarcaban gente en Francia —para atacar algunos de sus puertos en el Atlántico—, lo que obligaría a la flota de Tourville a pasar el Estrecho, pues de esta manera se ahorraría la Monarquía el mantenimiento de la armada aliada en el Mediterráneo. Sólo el conde de Monterrey apuntó la necesidad urgente para el frente catalán de la llegada de la flota aliada (61). Es decir, se cambió la posible estrategia a seguir cuando ya era demasiado tarde y cuando había sido la fuerte guarnición de Barcelona uno de los argumentos de Noailles para decidirse por tomar Gerona, que no deseaba tener a sus espaldas, precisamente, por su gran guarnición. Gerona, que cayó a primeros de julio, tenía una guarnición de 4.900 hombres, por los 11.000 que el virrey había dejado en Barcelona, los cuales no pudieron abandonar en ningún momento la plaza puesto que la armada francesa, compuesta por 50 navíos, 24 galeras y varias balandras, situada frente a la Ciudad Condal, lo impidió (62).

Por otro lado, se insinuó, por apuros económicos, que no llegase —o no lo hiciese tan pronto— al Mediterráneo la flota aliada del almirante Russell, cuando era el temor a la misma lo que hizo declinar momentáneamente a Luis XIV su decisión de que se intentase tomar Barcelona. Las limitaciones económicas siempre pesaron enormemente en la toma de decisiones, proponiendo algunos extremos que, por suerte, no se llegaron a materializar, lo cual no quiere decir que siempre se analizase mal la situación o no se supiese qué era lo que más convenía. Por ejemplo, aunque se hubiese tardado tanto en llevarlo a la práctica y con todas aquellas prevenciones, en realidad ya hubo planes en 1689 para enviar 30 navíos aliados, además de fragatas y galeras, al Mediterráneo con objeto de dividir la potencia de la armada francesa (63). El caso era, también, que a la altura de junio el designio de la flota aliada era «bombardear a Saint Malo, Rochefort y Brest (...) y que sabiéndose que [en] esta campaña no tendrán [los] franceses armada considerable en el Océano, hará el almirante Russell un destacamiento numeroso de baxeles, que vendrán a Cádiz, y se juntarán con las escuadras para escoltar los baxeles de comercios, que pasan a Levante; y que en dejándolos en parte segura buscarán al enemigo para combatirle, siendo éste todo el designio de la campaña presente por mar» (64). La realidad fue un poco diferente.

El 8 de agosto de 1694 la tan esperada armada llegó a Barcelona con 80 navíos holandeses e ingleses —de 70 y 80 cañones—, 28 galeras y demás auxiliares; en total, 140 velas, cuando las previsiones de fines de junio eran de 48 navíos de línea. Poco después el Consejo de Estado amonestó al virrey por no

(61) AGS, GA, leg. 2.948, consulta del Consejo de Guerra, 18-V-1694. AGS, Estado, leg. 4.174, consulta del Consejo de Guerra, 15-V-1694.

(62) AHMB, *Consell, Lletres closes*, Vol. 109, *Consell al rey*, 21-VII-1694.

(63) DUQUE DE MAURA: *Correspondencia entre dos embajadores. Don Pedro Ronquillo y el marqués de Cogolludo, 1689-1691*. Madrid, 1951-1952. Tomo I: *D. Pedro Ronquillo al marqués de Cogolludo*, 25-III-1689.

(64) AGS, Estado, leg. 4.174, consulta del Consejo, 21-VI-1694.

hablar personalmente con el almirante Russell para proponerle que le cediese tropas o que atacase la flota francesa —que se había fortificado en sus bases de Tolón y Marsella—, temas ambos de importancia que requerían un contacto directo. Se contentaban, por último, con la permanencia de 30 navíos en Cataluña aquel invierno (65). En realidad, no había nada aprestado en el Principado para mantener a la armada, de modo que Russell consintió en llevar su flota hasta el cabo de Creus, y retirarse luego hacia Cádiz para pasar el invierno. El condestable, tras tratar el informe pertinente del virrey, comentó que nunca había creído que los aliados fuesen a dejar una fuerza mediana, como la propuesta de 30 navíos, pues con ella no se podía atacar la francesa del Mediterráneo y tendría que permanecer encerrada en un puerto, de modo que serviría únicamente de gasto. El resto del Consejo de Estado estuvo de acuerdo (66).

Para G. Symcox, «the Allied presence in the Mediterranean shunt the French fleet up for eighteenth months (...) these decisive results stand in striking contrast to the ephemeral consequences of Beachy Head and La Hogue». El propio autor reconoce que, al menos desde 1691, «it was clear that control of the Sea was vital for the success of any operations in Catalonia». De hecho, los problemas económicos de Francia en 1693 y 1694 la obligaron a reducir su flota del Mediterráneo, de modo que la sola presencia de los aliados empujó a la Armada francesa, como queda dicho, a encerrarse en sus puertos durante año y medio (67).

Precisamente, en 1695 se hubieron de reiterar las órdenes dadas en 1694 respecto a permitir a los bajeles aliados comprar los bastimentos necesarios sin necesidad de pagar los oportunos derechos. El almirante Russell comprobó cómo en Alicante le cobraban los derechos por la venta de una presa francesa que había realizado —asimismo, exenta de impuestos— así como por la compra de 500 pipas de vino para sus hombres. Ante la queja del embajador inglés, Carlos II, como decíamos, reiteró sus órdenes (68).

El 27 de mayo de 1695 arribó a Barcelona la armada aliada del almirante Russell con 130 naves y tropas de desembarco. Poco después partía hacia Finale para recoger allí las tropas de Milán y a los alemanes que aquella campaña debían servir en Cataluña (69). El 5 de agosto de 1695 escribía el virrey Gastañaga al Rey informándole de su relación epistolar con el almirante Russell, habiendo acordado con él el desembarco de tropas para ayudar en el sitio de Palamós (70). Según Gastañaga,

---

(65) AGS, Estado, leg. 3.993, consulta del Consejo de Estado, 22-VII-1694. AHMB, *Consell, Lletres closes*, Vol. 110, Consell al agente, 14-VIII-1694. AGS, Estado, leg. 4.176, consulta del Consejo de Estado, 16-VIII-1694. Sobre la llegada de la armada aliada a Barcelona y su recibimiento, Vid., *Dietari del Antich Consell Barceloní*, Vol. XXI, Años 1692-1695, Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona, 1967, pp. 184-189.

(66) AGS, Estado, leg. 4.176, consulta del Consejo de Estado, 25-VIII-1694.

(67) SYMCOX, G.: *The crisis of French Sea Power. From the Guerre d'Escadre to the Guerre de Course*. La Haya, 1974, pp. 58, 111 y 150-156.

(68) ACA, CA, leg. 560, orden real del 15-VIII-1695.

(69) AGS, GA, leg. 2.980, Gastañaga al rey, 4-VI-1695.

(70) AGS, GA, leg. 2.981, Gastañaga al rey, 5-VIII-1695.

«Descubrí imposibilidad en su inteligencia de obrar nada en Tolón y en Marsella, y mayor en pasar a Italia, antes ni después de prestarme su infantería; y la repugnancia que ha tenido en echarla en tierra aquí, para que con ella asegurara las marchas que tengo que hacer, ha sido por desconfianza de la calidad y número de las tropas de Vuestra Majestad que [h]oy tenemos, porque ha hecho reconocer el campo con especialidad diversas veces por oficiales de tierra que han venido a esto, y está bien informado de su consistencia, como también de la del ejército enemigo» (71).

En dicha correspondencia entre Russell y Gastañaga se observa, más que la falta de colaboración, el poco deseo del almirante de dejar en manos extrañas —quizá considerándolas ineptas— a sus tropas, o, sencillamente, que no deseaba comprometer sus tropas en un frente tan mal asistido como el catalán. Por un lado, si el almirante Russell no quiso colaborar plenamente fue posiblemente porque su auténtica misión era bloquear el paso de la flota de Tolón, aparte de no querer arriesgar tropas en un empresa dirigida por un personaje tan denostado en Flandes por los británicos como el virrey Gastañaga. El marqués de Gastañaga fue acusado por Guillermo III de aprovecharse de la venta de caballos a Francia cuando ya habían comenzado las hostilidades (72).

No obstante estas reticencias iniciales, se llegaría al acuerdo de desembarcar 3.000 infantes de la flota durante tres días, plazo que se alargó poco después a siete, para una operación cercana a la costa como el sitio de Palamós. El virrey llegó a insinuar si se intentaba algo contra Gerona al ser superiores en número de infantes al enemigo, pero Russell volvió a alegar la necesidad de contar con aquellas tropas, de las que no podía desprenderse durante mucho tiempo por ser parte de la potencia ofensiva de su armada. Gastañaga le pidió una diversión en Rosas, enviando allí buena parte de la flota con material de desembarco, como si fueran a efectuarlo, para intentar dividir a los franceses mientras se bloqueaba por mar Palamós (73). El Consejo de Guerra recibió oportunamente informes de Gastañaga sobre la cooperación de Russell. El conde de Frigiliana dominó con su voto la reunión diciendo «que siempre [h]a estado y está en el dictamen de contentarse que por Cataluña no perdamos aunque no ganemos», con lo cual daba a entender claramente la política de intentar sacar provecho del apoyo de Russell y lograr lo que buena mente se pudiera (74). Que no fue mucho, pues la operación contra Palamós

---

(71) AGS, GA, leg. 2.981, Gastañaga al Rey, 12-VIII-1695. El almirante Russell confesó al virrey que su principal orden era, en todo caso, impedir que la armada francesa pasase al Atlántico. El ataque a Palamós o a cualquier otra plaza, incluidas las de la costa francesa, era secundario.

(72) Para las críticas contra Gastañaga, véase: BC, *L'Esprit de Luxembourg ou conference qu'il a eu avec Louis XIV pour les moyens de parvenir à la paix*. Colonia, P. Marteau, 1693.

(73) AGS, GA, leg. 2.981, Gastañaga a Russell, 9 y 12-VIII-1695, y Russell a Gastañaga, 6 y 11-VIII-1695.

(74) AGS, GA, Leg. 2.981, consulta del Consejo de Guerra, 22-VIII-1695.

quedó en bien poca cosa (75). En realidad, lo procedente hubiera sido intentar atacar Gerona con los refuerzos que esperaba Gastañaga de Flandes —que llegaron a fines de agosto—; el virrey aceptó la toma de Palamós por la presión del almirante Russell, que no quería ceder sus tropas para que luchasen lejos de las costas, por si tenían que embarcar con urgencia. Además, la toma de Palamós, en sí misma, no habría afectado considerablemente el curso de la guerra, pues los franceses podían aprovisionarse por mar en Rosas y dominaban con Figueras la comunicación terrestre hasta Gerona. De hecho, sus almacenes estaban en las anteriores plazas y en Torroella de Montgrí, y no en Palamós, que además había resultado muy afectado en el bombardeo del sitio de 1695.

Desde aquel fracaso se abandonó el plan del Mediterráneo y la flota aliada volvió en otoño a sus bases. A partir de aquel momento la Armada hispana hubo de suplir, en la medida de sus escasas posibilidades, el papel de apoyo hasta entonces realizado por la aliada, portando tropas y víveres a la sitiada Barcelona, mientras que los franceses hacían lo propio bloqueando la plaza a partir de mayo de 1697 y llegando incluso hasta Tarragona y Salou para impedir el envío de tropas hacia Cataluña. Por ejemplo, en agosto de 1697 informaba el virrey de las prevenciones que había tomado contra el peligro de la armada de Francia. Señalaba que había dado órdenes para impedir que la armada francesa pudiese obtener grano o cualquier otra provisión en la costa valenciana, «así en las embarcaciones neutrales, como en las del país, en quien la codicia de la ganancia suele facilitar este delito», encargando vigilar todas las playas con guardas para impedir tal avituallamiento (76).

Pocos años más tarde, durante la guerra de Sucesión, nuevas armadas, tanto aliadas como francesas, que operaron en el litoral mediterráneo hispano demostrarían la importancia de la Marina —¿acaso alguna vez dejó de tenerla?— para la nueva forma de hacer la guerra en la Europa de los albores de un nuevo siglo.

---

(75) ESPINO, A.: «Catalunya durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana, 1679-1697». *Monografías Manuscrits*, núm. 5. Bellaterra, 1999, pp. 164-164.

(76) ACA, CA, leg. 560, virrey al CA, 13-VIII-1697.

**Bibliografía**

- ALBAREDA, J.: *Els inicis de la Guerra de Successió a Catalunya*, 2 vols. Tesis doctoral U.A.B., 1990, 2 vols.
- Dietari del Antich Consell Barceloní*, vol. XXI, Años 1692-1695. Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona, 1967.
- DUQUE DE MAURA: *Correspondencia entre dos embajadores. Don Pedro Ronquillo y el marqués de Cogolludo, 1689-1691*. Madrid, 1951-1952.
- ESPINO, A.: *Catalunya durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana, 1679-1697*. Monografías Manuscrits, nº 5, Bellaterra, 1999.
- GARCÍA MARTÍNEZ, S.: *Valencia bajo Carlos II*. Ayuntamiento de Villena, Villena, 1991.
- MILLOT, C.: *Nouvelle collection pour servir à l'histoire de France. Mémoires (...) duc de Noailles*, vol. X, 3.ª serie. Moutard, París, 1777.
- STORRS, CH.: al respecto en «La pervivencia de la monarquía española bajo el reinado de Carlos II (1665-1700)», en *Manuscrits*, nº 21, Bellaterra, 2003, pp. 39-62.
- SYMCOX, G.: *The crisis of French Sea Power. From the Guerre d'Escadre to the Guerre de Course*. La Haya, 1974.